

## UN REPORTAJE

Al señor presbítero doctor don  
Rafael María Carrasquilla

Un día de estos de guerra universal en que vivimos, levantóse lentamente, por arte de ocultos encantamientos, la losa que en la humilde iglesita de las Trinitarias de Madrid cubre el sepulcro de don Miguel de Cervantes y Saavedra.

Apoyándose en la única mano que le dejó el turco en Lepanto, el ilustre autor del *Quijote* se incorporó y dejó correr una mirada de asombro por las desiertas naves.

¿Era sueño o realidad?... ¡Quién sabrá decirlo! Como sin advertencia de lo que le pasaba, Cervantes dejó vagar la vista por la amada capillita de sus reudentores, y luégo volvió a caer desvanecido en la fúnebre caja.

Cuando despertó a la del alba del día siguiente, hallóse acostado en dorado catre de bronce, entre sábanas de Holanda y mullidos colchones. Era un lujoso departamento del Gran Hotel, que en la Puerta del Sol hace las delicias de todo Madrid.

Ardía una bombilla opalina suspendida del techo; y estando Cervantes procurando explicarse el mecanismo de esa lámpara, cuyo depósito de aceite quería encontrar, ella se apagó de repente, y no con lentitud proporcionada al consumo del combustible.

¡Ruidos de coches y tranvías, pitazos de trenes, autos y bicicletas, gritos de vendedores... todo el gran murmullo de una capital moderna!

Con el aturdimiento y asombro de quien recobra el sentido después de grave accidente, sentóse en la cama el manco ilustre, sin saber que lo hacía trescientos años adelante de su muerte. Y otro asombro le

esperaba allí; porque, en vez de calzones rodilleros, zapatos con hebilla, ferreruelo, daga y espada, sombrero con rico cintillo y plumas de diversos colores adornado, encontró para ponerse pantalones de paño negro, chaleco de fantasía, americana, botines, hongo negro y otras cosillas no menos desgarradas y serias. Sobre la mesa del centro, un paraguas, un bastón, un sombrero de copa, unos guantes. En la pared vecina un rosetón de acero, cuyo punto central apretó por curiosidad.

Ya vestido, se miraba al espejo el que lo fue de caballeros, cuando entró un criado con una gran bandeja en que llevaba el desayuno. Púsola sobre la mesa de noche, después de saludar respetuosamente al inquilino, a quien entregó los diarios de la mañana.

Volvió a quedar solo don Miguel de Cervantes y Saavedra. Se desayunó y se sentó en seguida en el sofá a examinar esos papeles impresos, de incomprendibles dimensiones, que el sirviente había puesto en sus manos.

Cada uno tenía cuatro o más páginas impresas, y en la primera llevaba un título en letras gordas. La fecha era de ese mismo día, y todos tenían hermosas ilustraciones relativas a sucesos que indudablemente eran recientes.... ¿Supérchería? ... ¿Novela?.... ¿Arte mágica?.... Pero ¡si todos revelaban en su estilo, temas y noticias, la realidad de la vida! Era preciso reconocer que acababan de ser escritos e impresos, tanto más que en uno de ellos Cervantes encontró estas líneas:

«Uno de nuestros cronistas nos informa que en el Gran Hotel de la Puerta del Sol se ha alojado un caballero que dice llamarse Miguel de Cervantes y Saavedra. En nuestra edición de la tarde diremos si se trata de una simple coincidencia de nombres, de un timo o de un loco.»

—¡Válame Dios, exclamó Cervantes, y cómo ha cambiado el mundo durante mi enfermedad! ¿Por qué los miembros de mi familia me han traído a esta fonda, que más parece de príncipes que de simples caballeros cobradores de alcabalas? ¿Con qué dineros? ¿Por qué me han dejado solo?... ¿Y qué son esos ruidos, qué estos papeles, por qué en ellos se pone a buen dudar si yo soy yo, si me he convertido en un fullero, o si estoy loco?....

No acababa de hacerse estas preguntas cuando el criado entró de nuevo y le entregó una tarjeta que decía:

«NEMESIO SOLDEVILLA,  
Repórter de *El Siglo*»

—¿Qué quiere este caballero?—preguntó Cervantes.

—Suplica a usted que le conceda un reportaje muy breve.

—¿Un reportaje? ¿Y qué vale eso decir?

—Quiere que usted lo reciba y le permita hacerle unas preguntas.

—Hágale usted entrar.

Y entró Soldevilla, jovencito de no más de veinticinco años, delgado, moreno, de ojos negros y vivos, completamente afeitado.

Hechos los cumplimientos del caso, Cervantes invitó a Soldevilla a sentarse; pero éste, contra lo que pedía su condición de cronista moderno, estaba turbado. Quedóse mudo y de pie un instante, y al cabo balbució:

—Perdone usted, señor, mi turbación.... Ocurre algo muy extraño.... Hay semejanzas que.... Porque... en realidad.... «este que veo aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y nariz corva aunque bien pro-

porcionada, las barbas de plata, los bigotes grandes, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies....»

—Sí, señor, el mismo que me retraté en *La Galatea*. Servidor, y muy agradecido de que usted se traiga ese retrato en la memoria.

Soldevilla miró a la puerta, como deseoso de salirse corriendo, a impulsos de un terror que a penas podía dominar. Dio un paso atrás, cayó sobre una silla, se restregó la cara, y dijo al fin elocuentemente:

—¡Pero!....

—¿Qué le pasa a usted, jovencito? No parece sino que usted hubiese venido con el deseo de no encontrarme, o creyendo, como lo dice este papel, que yo estoy loco.

—Bien veo que no lo está, señor de Cervantes; pero mi emoción nace de que no cabe duda que usted ha resucitado.

—¡Resucitado!.... ¿Cómo es eso? Explíquese usted.

Y Cervantes se palpaba para convencerse de que no era un fantasma.

—¿Y usted ignora, o ha olvidado, que murió el 23 de abril de 1616, esto es, hace trescientos años?

—¿Yo?.... ¿Trescientos años?.... Puesto que estoy aquí y acabo de desayunarme y hablo con usted, ¿dice usted que hace trescientos años que he muertò?

—Tan cierto, señor de Cervantes, que ya está usted en el pináculo de la gloria. Está usted reconocido como príncipe de la literatura española y su libro se ha traducido a todas las lenguas literarias del mundo entero, pasando por la China... y Portugal.

—¿Los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*?....

¿Mis comedias?....

—Nó. El *Quijote*, asombro del pensamiento y dechado de perfecciones.

—¡De modo que el autor de título que me impidió vender bien mis comedias ha impuesto su opinión a todos mis lectores...! Pero... ¿todo esto que usted me dice, y ante todo lo de mi muerte, es broma o realidad!

—A mi vez pregunto yo si es usted un hombre muy parecido al autor del *Quijote*, deseoso de darnos una broma a los hijos del siglo XX, o si es Cervantes redivivo.

—¡Siglo XX... ¿Cómo puede usted convencerme? Ve a usted la fecha de estos diarios.

Y Soldevilla la señalaba en actitud de triunfo.

Pero la tesis del aparecido no tenía ninguna prueba terminante como esta. Soldevilla meditaba, atormentado por la duda. Ejercitado en casos de pícaros y farsantes, resolvió al fin llevar el agua al molino.

—Ahora, señor mío, agregó en voz baja, como usted es de provincia y necesita sin duda, de que alguien le ayude en su propósito de sacar provecho de raras y excepcionales semejanzas, puedo asegurarle que *El Siglo* le hará con gusto y hasta sin exigirle participación alguna en las utilidades...

Cide Harete Benengeli nos ordena que, como verídicos historiadores de esta nunca bien ponderada entrevista, digamos aquí que el joven cronista de *El Siglo* no dijo con sinceridad tan infames palabras, pues sólo se proponía sacar de mentira verdad.

Y, descargada así nuestra conciencia, rogamos al lector no parar hasta conocer el resultado de esta insólita aventura, que día vendrá en que de ella se pueda sacar provecho, y no pequeño.

Púsose de pie Cervantes, presa de la más honda indignación.

—¿Por quién me toma usted, jovencito? ¿Piensa usted que soy un rufián o comediante, de tantos como van por el mundo con la honra atrás y el pensamiento colgado de gajes y dineros? ¿Para acabar así habré sido soldado en Lepanto, y cautivo indomable de moros, y autor aplaudido, y amigo de príncipes? Bien sé yo qué son tentaciones del demonio, y que una de ellas es ponerle a uno en la cabeza que haga lo que no debe, con que gane tanta fama como dineros y tantos dineros como vergüenza; pero yo tengo en Nápoles al gran Conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad, bien conocidas, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tienen en pie. No necesito de dinero mal ganado, que la honra puede tenerla el pobre, pero no el vicioso. Y ahora, señor mío, si usted lo tiene a bien, podemos separarnos; que bien está San Pedro en Roma.

Deshízose en excusas el imprudente Soldevilla, pero la actitud del viejo manco le obligó a tomar el sombrero y hacer una venia de despedida.

Pero no era Soldevilla capaz de salirse de tan excepcional aventura por semejantes ni más graves resquemores, cuanto más que ellos aumentaban su curiosidad nunca como ese día provocada. Así fue que resolvió cambiar de táctica para buscar el modo de quedarse. Fingiendo creer de firme lo que casi creía, resolvió asomarse a ver de qué medios se curaba este hombre para sostener solo su farsa, si la había ya que no fuese en realidad Cervantes mismo resucitado y redivivo.

Y se entró por el Conde de Lemos.

—Antes de irme, dijo, creo de mi deber recordarle que hace poco menos de trescientos años que el Conde de Lemos duerme el sueño eterno; que Nápoles no es ya de España; que...

—¡Cómo! ¿Insiste usted?...

—Insisto, señor de Cervantes, en lo que dije a usted al principio de nuestra entrevista; y ahora, persuadido de que es usted el insigne autor de *El Quijote* y no ningún sucesor de Avellaneda ni farsante de la laya, pido a usted mil perdones por las preguntas, dudas e impertinencia que mi oficio me impone, y le ruego contestar algunas preguntas que la persuasión en que he quedado me sugiere.

Sentáronse de nuevo, el de Cervantes en el sofá, cabizbajo y meditabundo, y Soldevilla en un sillón que aproximó a la mesa del centro, sobre la cual abrió un cuaderno de apuntes. Lápiz en mano dijo:

—¿Qué recuerdos tiene usted del tiempo transcurrido entre su muerte y su resurrección?

Cervantes, con muestras de una emoción muy honda, contestó:

—Ningunos...

—¿Qué propósitos tiene usted para su nueva vida?

—Como siempre, trabajar, escribir, servir a la patria en mi calidad de soldado.

—¿Cómo juzga usted la actual situación del mundo?

—Si es verdad que he resucitado trescientos años después de muerto, no soy capaz aún de juzgar esa situación, pues no la conozco.

Turbóse Soldevilla reconociendo la torpeza de su pregunta, y pidió permiso para encender un cigarrillo; hecho lo cual, y notando que la cerilla había interesado a Cervantes, dijo:

—Parece que este fósforo no se usaba en su tiempo. Voy a permitirme mostrarle estas cosas que también llamarán su atención.

Tocó el timbre eléctrico que al despertar había oprimido Cervantes por mera curiosidad, y al punto se presentó un criado.

—Traiga usted un fonógrafo, le ordenó Soldevilla.

Mientras el criado volvía, dio a Cervantes una breve explicación del timbre y de la luz eléctrica.

Traído el aparato, Soldevilla hizo oír el miserere del Trovador, una canción de la Melva, un discurso parlamentario, una poesía recitada por Guillermo Valencia.

Cuando el aparato empezó a funcionar, exclamó Cervantes:

—¡Ah! ¡Sí! Este aparato lo describí yo con su farsa en *El Quijote*...

Y buscando la farsa, y no hallándola, agregó:

—¡A menos que se tenga pacto con el diablo....!

En seguida Soldevilla hizo funcionar una pianola, mostró a Cervantes libros, revistas y diarios modernos, le habló del cinematógrafo, del telégrafo eléctrico con alambre y sin él, de globos dirigibles y aeroplanos, de ferrocarriles y automóviles, de buques de vapor, de túneles y canales, de industrias, negocios, feminismos, etc. Por último, habiendo sonado el timbre del teléfono, tomó la bocina:

—Listo.

—.....

—¡Es verdad! ¡Es verdad! Cervantes mismo.

—.....

¡No! Estoy persuadido. ¡Es él, que ha resucitado! ¡Si está aquí a mi lado oyéndonos hablar!

—.....

—¡De ninguna manera! No dejen venir a nadie mientras termino el reportaje. No den la noticia todavía.

—.....

—Pues aguántense...

—.....

—Sin duda. Más que la toma de Varsovia. ¿verdad?

—.....

—Voy a ver.

Y, volviéndose a Cervantes, le dijo que su Director le suplicaba acercarse al teléfono para saludarlo.

Hechas las explicaciones del caso, Cervantes se puso al habla con el director de *El Siglo*.

—Señor Director....

—.....

—Sí, señor, con Cervantes.

—.....

—¡Gracias! Lo ignoro. No puedo ya dudar de que he resucitado, pero no sé más.

—.....

—¿Con la guerra actual? ¿Qué guerra es esa?

—.....

¿Y por qué España no ocupa el primer lugar, que siempre fue suyo en todas las guerras europeas?

—.....

—Sí. Espero que el señor de Soldevilla me pondrá al tanto de muchas cosas que necesito saber.

—.....

Cuando usted guste. Gracias. Adiós.

Y, colgada la bocina, Cervantes dijo a Soldevilla:

—Venga acá, amigo mío. Sentémonos. Soy yo quien ahora interrogaré a usted, que no dudo sino que no me negará usted las respuestas de que ahora, y antes de proseguir su interrogatorio, he menester. Dígame usted: casi toda Europa guerrea contra Turquía, a quien sólo apoyan Alemania y Austria.

—Contra Alemania y Austria, apoyadas por Turquía.

—¿Y por qué España no continúa a la cabeza de quienes renuevan las luchas de Lepanto y de Flandes?

—Porque el ideal de esas luchas ha desaparecido.

—¿Cuál es el que se persigue en esta guerra?

—El de la conquista y el comercio.

—Pero eso, que toda victoria da como gaje y recompensa del vencedor, no es un ideal....

—El mundo es hoy positivista: ya no mueven a los pueblos los ideales, sino los intereses. Desfacer agravios y enderezar tuertos fue preocupación de otros tiempos, y hoy sólo de cándidos e *inadaptados*. Moralistas, literatos y soñadores han tenido que ceder el primer puesto a los industriales, calculadores y negociantes.

—¿De modo que Sancho Panza cabalga hoy en Rocinante y don Quijote en el jumento?

—Sancho Panza es la razón práctica y positiva, mientras que don Quijote es la teórica, siempre expuesta al error y a la locura. Kant nos ha convencido...

—¿De dónde resulta que no sienten ya ustedes ni las angustias ni los atractivos del ideal?

—Cultivamos el ideal como un entretenimiento artístico; pero en las grandes empresas, como la guerra actual, sólo nos guiamos por el interés.

—Pues a buen seguro que no serán grandes si de ideal carecen. Pero Dios lo tendrá en ellas por los hombres ciegos que no lo ven ni lo buscan.... ¿Será que no hay ya sabios en el mundo?

—Más que nunca.

—¿Poetas y artistas?

—¡Excelentes!

—¿Moralistas y políticos?

—De todas clases, y de sobra.

—¿Nobles y valientes caballeros?

—De seguro los hay.

—¿Y por qué han cedido el primer puesto a la plebe ciega, los follones y villanos?

—Se ha reconocido que es justo que sea la voluntad general la que gobierne al mundo.

—¡Alto ahí, señor mío! ¿Cómo es eso? La razón se hizo para que dirigiese a la voluntad, y en los pueblos las clases nobles e ilustradas son las que representan la razón.

—Pero ellas abusan tanto de su imperio, que al fin la razón estuvo de parte de los inferiores.

—¿Quiere todo esto decir que no hay ahora reyes ni nobles, y que el vulgo manda y gobierna a su arbitrio?

—La civilización quiere que el pueblo dé la ley y que los gobernantes no sean sino mandatarios o apoderados del pueblo.

—Luego el miedo ha dominado a las clases superiores, que se han dejado supeditar de las inferiores...

—Quizás haya algo de eso.

—¿Pero entonces la ley no tiene ya el sentido de *ordenación de la razón* sino de expresión del apetito?

—Porque, en realidad, el apetito es la razón transformada, según nos lo ha enseñado Spencer.

—Comprendo que pensando así ustedes no tengan ideales y que Sancho se haya adueñado de Rocinante.

—Somos gentes prácticas. Verdadero ideal es lo que da fuerza, placer, comodidades, y nada sirve para ello como las riquezas. Me preguntaba usted si tenemos reyes. Sí, los tenemos: El rey del acero, el rey del petróleo; el rey de las salchichas. Vea usted: los hombres de hoy sabemos que la humanidad no es sino un aspecto transitorio de la transformación universal de la materia; la misma resurrección de usted no es otra cosa que un fenómeno químico-biológico. Por lo mismo, nuestra suprema preocupación es pasar lo mejor posible los días de vida que tengamos. El artista canta, esculpe o pinta sólo para provocar y aumentar los placeres, no para levantar sobre ellos el espíritu, como en tiempo de usted se exigía; el sabio investiga para que el industrial pueda dominar la materia y ponerla a nuestro servicio, no por saber ni por descubrir fines metafísicos; las naciones guerrear cuando es necesario para abrir mercado a sus productos, y, aunque todavía se habla de derechos, se entiende que no hay otros que

aqué. Así el inglés se adueñó del Transvaal y el yanqui de Panamá, con aplauso de todo el mundo. La fuerza es la única fuente del derecho. Somos prácticos, señor de Cervantes.

—Y ¿no temen ustedes que el hábil negociante Sancho Panza tropiece de repente con sus molinos de viento? Quiero decir que las comodidades y placeres que persigue no sean más que Aldonzas Lorenzos.

—¡Oh, nó! Nuestra ciencia es positiva: se llama el positivismo.

—¿Y qué es ello?

—Que sólo es verdadero lo que se ve y se toca. Hemos descubierto poderosas luces que se filtran en la eterna oscuridad de los seres, y con su auxilio hemos podido estudiar las cosas a fondo. Así sabemos que no hay esencias ni sustancias, ni Dios, ni ninguna de esas ideas metafísicas que tanto atormentaban a los pseudo-sabios de su tiempo. ¡Sólo es verdad y positivo lo que se ve y se toca!

—Lo que estoy viendo y palpando es que la locura va con Roenante: quien cabalga en él va siempre loco... Amigo mío, estoy cansado abrumado de emociones y noticias y necesito estar solo un rato. Si usted quiere, continuaremos mañana esta conversación.

—¡Mañana!... Ruego a usted que sea esta misma tarde. Traeré un auto o un aeroplano, e iremos un rato de paseo....

—¡Imposible! ¡Hasta mañana!

—Pero tendrá usted la bondad de recibir hoy a nuestro Director y unos pocos amigos que desean presentarle sus respetos ...

—¡Mañana, mañana, amigo mío!... Hoy no puedo.

Y no hubo remedio. Soldevilla salió con mil reverencias, deseosísimo de que pasasen volando las horas que lo separaban del ofrecido mañana.

\*\*\*

Es de suponerse la inquietud con que Soldevilla esperaría la cita, y tampoco hay que hablar de las preguntas y comentarios de sus compañeros.

«El hombre feliz» lo llamaban; el escogido para presenciar antes que nadie la resurrección de Cervantes, el introductor en el mundo moderno del padre de nuestra novela y maestro supremo del habla castellana.

—¿Cómo es? ¿Qué dice? ¿Te prometió escribir para *El Siglo*? ¿Pero por qué no le preguntaste esto y aquello?

Medio loco tenían al pobre Soldevilla. Medio locos estaban todos también.

¡Ah! Pero cuando el día siguiente, muy temprano se presentaron en el hotel todos ellos en apretado y afanoso tumulto, el portero les aseguró que allí no estaba alojado ningún sujeto que respondiese al nombre de don Miguel de Cervantes y Saavedra. Traída la lista de pasajeros, no se encontró en ella ese nombre.

—Has querido darnos una broma, chico, pero no tuviste cuidado del desenlace.

No, no! protestaba Soldevilla. ¡Esto no puede ser! ¡Si ayer estuve largo rato conversando con él! Usted mismo, portero, me indicó el número de su habitación, que era....

¡Ah! ¡Ya recuerdo! Ayer vino usted y me preguntó si había un departamento desocupado para un señor... Sí... Creo que dijo usted ese nombre que acaban de darle, dije que subiese a ver el número 17. Rato después bajó usted y salió como una flecha, por esas calles....

¡Vamos! ¡Pobre Soldevilla! ¡Tan recargado lo tenemos de trabajo, que su imaginación empieza a flaquear, dijo el Director. Desde hoy tiene un mes de vacaciones.

—Pero, Carlos, ¿si tú también hablaste con el manco por teléfono! ¿Recuerdas?

—Tú mismo me contestarías. La broma ha sido original y divertida; pero pongámosle punto y que no pase a más.

—Os ruego, amigos míos, dijo Soldevilla, acompañarme antes a dar un vistazo al departamento número 17.

Fue preciso complacerlo. Subieron. Nadie había allí, y todo se encontraba en orden. Sólo que sobre la mesa del centro hallaron unas cuartillas de papel, escritas con letra morante, en las cuales leyeron con asombro lo que sigue:

«AVENTURAS DEL HABIL NEGOCIANTE SANCHO PANZA

PLAN DE LA OBRA

Sancho es un rapaz sin familia, inteligente, avisado en extremo y que sirve de mandadero y paje en un almacén de víveres. Barre, lava pisos, lleva y trae. Pasa luego a dependiente de mostrador, y alterando pesas y sisando en cuanto la ocasión lo permite, aprende a olvidar el catecismo y buscar por todos los medios la ganancia, que es su dios. Así prospera, y llega día en que se separa de su patrón y pone tienda, minúscula, pero por sí solo y con su nombre. De brevas a higos se enriquece. Almacenes, casas, quintas haciendas, acciones en compañías anónimas. Toma de secretario a un joven inteligente y noble, de levantado espíritu, quien, obligado por la necesidad del pan, en toda clase de usureras operaciones sirve a su patrón, aunque protestando y sosteniendo ideas generosas, que Sancho siempre como ilusiones y locuras rechaza. Vienen luego pérdidas y grave quebranto en los negocios, por lo cual enferma Sancho, y todo ello da ocasión a interesantes conversaciones con el cura y otras personas, quienes así consiguen medio levantar el aletar-

gado espíritu de Sancho. Pero, pasada la crisis, éste vuelve a las andadas. Cásase con una muchacha de clase y cultura superiores, a quien procura hacer feliz por los solos medios de la riqueza, sin conseguir otra cosa que dañarla. Lánzase entonces de nuevo en grandes y desaguadas empresas industriales, que ningún alto propósito embellece. El secretario le acompaña como arrastrado y seducido, pero siempre protestando. Fracasos en todo sentido. Enfermedad, desengaño, muerte.»

—Pero tú has escrito esto en un momento de desvarío, Soldevilla.

—¡No, no! Ni esa es mi letra, ni mi lenguaje, ni mi estilo, ni mis ideas... ¿Qué es lo que ha pasado?

—Un simple fenómeno de autosugestión, chico. Preocupado con la invitación que se nos ha hecho para que tomemos parte en los actos con que Colombia va a celebrar las bodas de plata del ilustre doctor Carrasquilla en el Rectorado del Colegio del Rosario, en el cual ese caballero ha sido una lumbrera sobre los Andes, que atrae a las gentes a la sana filosofía y las letras clásicas, has pensado que Cervantes—cuyo tercer centenario se aproxima—quisiera, venir también y escribir en honor del eminente literato una novela que exprese el desequilibrio que en el mundo se observa hoy entre lo que Sancho y don Quijote representan, desequilibrio contrario al que inspiró en su tiempo la novela inmortal. Y a fe que tienes razón: ¡es necesario escribir el Quijote moderno!

Soldevilla estaba callado y meditabundo.

—¿Piensas escribirla?

—¡No, nó, imposible! Para ello se necesita un ingenio como el de Cervantes..

—¡Escribe siquiera la relación de esta original aunque imaginada entrevista, que quizá algún ingenio se moverá con leerla a realizar tu pensamiento.

—¡Jamás! Eso sería publicar mi locura....

(Pero yo, que allí me hallaba y que había recogido con vivo interés y credulidad completa el relato que repetidas veces nos hizo Soldevilla de su sueño, lo he escrito guardando la caridad debida a mi pobre compañero de redacción: he cambiado su nombre y el del periódico en que trabajamos; y, para mayor cautela, no firmaré con mi nombre sino con este seudónimo que pongo al pié).

MARTÍN RESTREPO MEJIA

---

RIMA

Como nido de dulces leyendas  
Que recuerdan mohanes y zipas,  
Y que evocan la extraña memoria  
Del viejo Bochica;

Por helechos y musgos cubiertas,  
Coronando la verde colina,  
Se levantan de un templo caído  
Fantásticas ruinas.

¡Cuán sublime es la luna menguante  
Al surgir tras las rotas ojivas,  
Que, despojo de edades ya muertas,  
Aun se alzan altivas!

Pero más se conmueve mi espíritu  
Cuando, en noches de tedio, ilumina  
El santuario ruinoso de mi alma  
Tu faz ¡Bordadita!

J. F. FRANCO QUIJANO